

EL DIABLO EN LOS PIES

Le gustaba montar en bicicleta.
Era de Saint-Étienne: cambio de marchas
piñón grande en las cuestas y bajar
ciñendo bien las curvas. Él llevaba
pantalones de golf. Se conocía
todas las carreteras desde la casa grande
hasta los pueblos que la rodeaban
por la costa y detrás de las montañas.
El viento en la camisa y los olores
de la uva de setiembre y la resina
de los pinares y las hondas moras.
El día de regreso -pues comenzaba el
curso-
se vistió con el alba: llenó de agua
la cantimplora; saltó sobre el sillín
para ir a Barcelona por su cuenta
sorteando autocares de desastre
y carros de caballos y baches traicioneros
y cruzó la ciudad de este a oeste.
Al llegar a la casa del jardín
se sentó contra el tronco del castaño
y se durmió. Tardaron en llegar unas tres
horas.
Castigo: la bicicleta desapareció.
Pero ya por entonces prefería jugar
con los chicos más duros de su barrio.

José Agustín Goytisolo, de *Las horas quemadas*, ed. Lumen

*O muchacha***ALTA FIDELIDAD**

Entre todos los ruidos de la noche
yo distingo sus pasos. Sé
cómo va vestida; lo que piensa;
qué música prefiere. No me importa
su nombre o dónde vive
o en la casa de quién. Y todavía
mucho menos aún qué hará mañana
y hacia dónde se irá: qué oscuros trenes
la envolverán con su jadeo sordo:
qué manos retendrán su mano fría.

Ella camina ahora y yo la siento
cerca de mí: real; cansada; siempre
con ojos asombrados esperando
que algo nuevo suceda; algo que cambie
el monótono ritmo de las horas:
un gesto acaso que ella entendería
y no sabe cuál es. Sólo la noche
acompaña sus pasos desolados
le da cobijo entre las multitudes.
Sólo la noche -como yo- la espera.

José Agustín Goytisolo, de *Algo sucede*, ed. Lumen